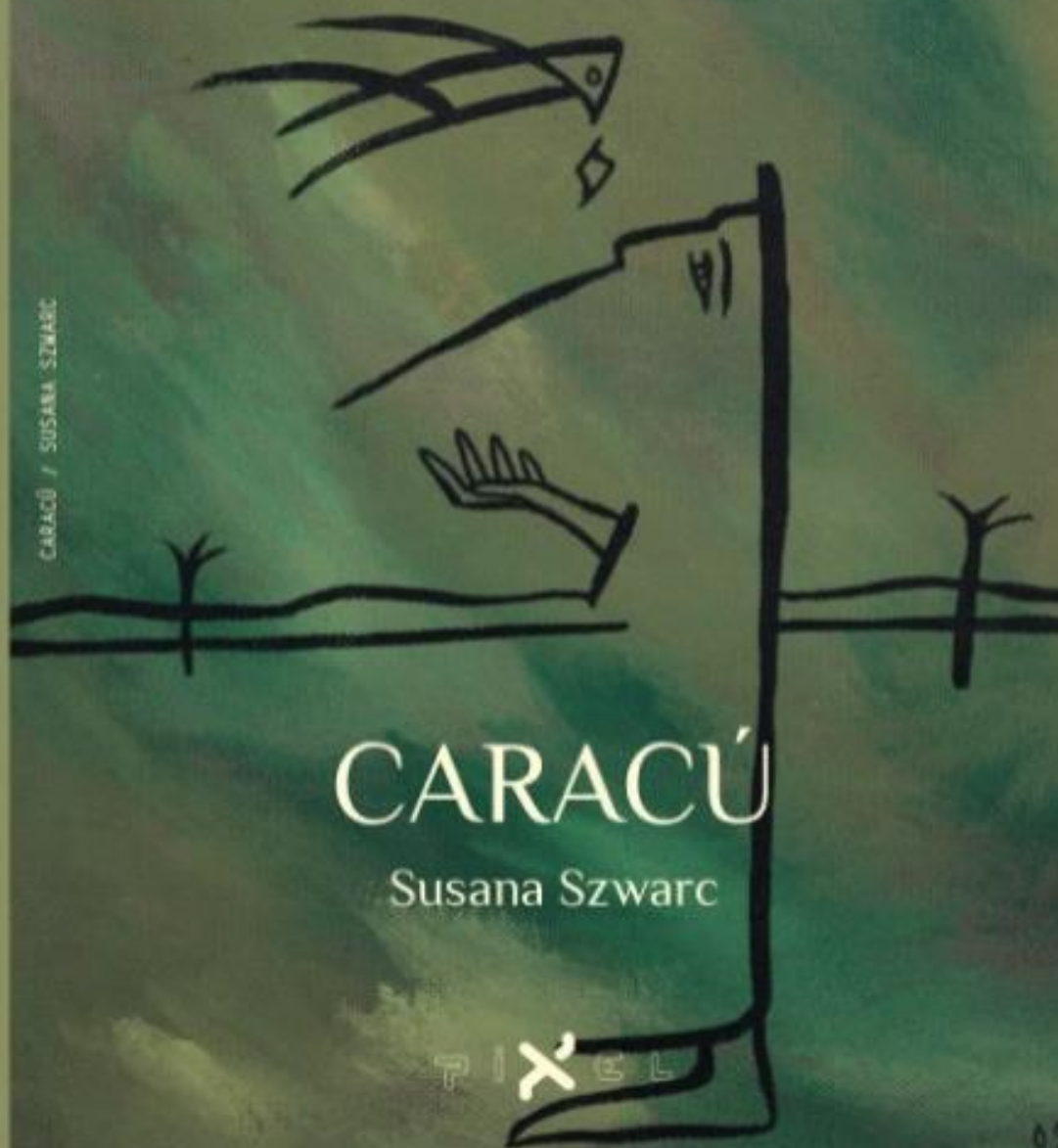




CARACÚ / SUSANA SZWARC



CARACÚ

Susana Szwarc

PIXEL

03

Pulpa, a qué sabe.

Decir:

¿es una cuestión de idiomas?

Todavía tu tuétano no es mi caracú
(aunque les digan: sinónimos)

Como nuez cremosa,
como fruta carnosa,
como letra jugosa.

Hablamos, gesticulamos, rimamos
ridículamente, hermosamente.

Y mientras crecen los huesos,
los pastos, las letras, las risas
creemos paladear.

El caracú

Para comer un caracú, hay que tener
el honor de recibir ese huesito redondo,
agarrarlo con la mano y hacer un sorbido un sonido
que sólo sucede en el momento del encuentro
del hueso con la boca.

Pero tampoco tu hueso es mi hueso.

Nombro
y me asombro:
¿hasta dónde llega el carozo de la aceituna
que, bajo mi lengua durante todo el viaje,
recién escupí? Cruzó la frontera,
el muro, de un patio a otro.

Gesticulás como si yo dijera
algo extraño. Te escucho
murmurar: llegó el tercer mundo.

Hace cosquillas
tu pronunciación
aunque no sé qué
estás diciendo.

Mi caracú
resbala sobre la vereda,
deja su grasa sobre el oro que,
todavía, algunos
festejan hasta el tuétano.

Blow up o o Ñembopacu

(Divertimento)

Para Eugenia San Miguel

La luna está hermosa, dice
y mira
con terquedad de sombra.

Abre la ventanilla del bondi,
saca una foto, y otra.

Lo grave
-como en el cuento -
es que la cámara se trasciende
y la foto primera de la luna
muestra
lejos
cuerpos jadeantes
sudados.

La foto se expande y se ve
creciente
la ampolla de una mano
a punto
de explotar.

¿Antojo o contagio
la lengua ampollada
de una pasajera? Se dilata,
acciona su defensa.

Los pasajeros no dejan
de mirar la luna, las fotografías,
las lejanías hasta que tocan,

lentísimos,
sus propias llagas. Los pies.

¿Quién no se descalza?
¿Quién no se tapa los ojos con las vendas?

Benditos. Benditas,
murmura el colectivero
y el bondi se vuelve una fiesta, una sola piel.

(Se besarían la herida
pero esa palabra -herida-
me desanima.)

En general, las ampollas se curan por sí solas.

Lo que viene a la memoria.

a L. S.

Recién me había puesto la pulsera.

Hablabas. Girabas. Hablabas. La voz no se quedaba
quieta
ni la pulsera.

Vos seguías con la perorata.
Querías decir y decir, explicar y explicar
la misma cosa tantas veces de una forma
u otra me distrajo.

Y

recuerdo la pulsera. Me distraía mirando sus dijes.
Dije dijes dije dijes me reí y levanté los ojos y vos
seguías hablando o
seguías hablando.

¿Qué dijiste?

La jota me gustaba. Comencé a pensar palabras con jota
como ojota ojo ají ajá
ajo
un ajo picado, la fritanga a la medianoche, el olor a ajo en las paredes como
cuando fumábamos y el olor te impregnó.

Ojito con fumar tan chica te decía la maestra.
Volvías llorando.
Fui y dije: señorita no hable si no sabe
lo que dice.

Regalémosle una pulsera con dijes

dijiste.

¿Una baratija no va a ser peor?

La maestra preguntó: ¿quiénes son cristianos?

Un grupo se agrupó. ¿Quiénes judíos?

Vos y Ánibal se pararon, susurraron, miraron
de cerca una estrella, davidianamente la miraron.

Y tocaron el humo que atravesó, brumoso, el aula.

Las aulas, el patio. Se volvieron

a sentar. Pero

¿Qué son ustedes?, dijo

con la pulsera recién puesta la maestra, los dijés
resonaron por el patio.

Soy ateo, dijo Juan.

Soy atea, dijiste.

¿Decían lo que dijeron en las casas?

La maestra alzando el brazo, señaló

hacia allí:

ustedes se sientan

de ahora en más

juntos.

No había otra cosa que hacer-
se amigos. Me tironeaste la pulsera.

¿A quién se la diste?

¿La cambiaste y otro libro más?

¿Qué querés explicar?

Sobremesa

Está a punto
y cuando iba a desmontar
el sacapuntas
cortarse el antebrazo
para evitar el dolor
insiste con
está a punto
y sigue la frase:
a punto de caramelo.

Se agarra el estómago de la risa
le duele el estómago
y se le va el frío
se alegra de que no haya gas
menos muertes piensa
menos recuerdos cada vez que se
enciende el horno.

Tiene frío y le duele el estómago un poco de la risa
y otro poco del frío y otro poco del hambre.
Trata de imaginar dónde se ubica cada dolor.

Se desubica.
No cierra las ventanas las puertas
y el viento chilla.

También el viento traspapela las hojas.
Eso la destroza.

Busca en la alacena en el armario
en los cajones del ropero

y encuentra un trozo de tela
que pudo haber sido por ejemplo
un trapo húmedo.

Ve las hojas del cuaderno.
Ve la tela rota.
No se trata de desperdiciar
y limpia con la tela los espejos.

Está a punto
a punto de
a punto de caramelo.

¿Dónde habrá dejado el caramelo?
¿Habrá caramelo? ¿Habrá futuro?
Le duelen las costillas de reír.

Raíces de Amargura

Tuve un palpito, dice
apenas un segundo antes
de ver cómo el púlpito
se alzara con violencia.

La señalara con el dedo.
Vociferara.

-¿Por qué ese dedo abigarrado, anchísimo,
hacia mí?

Acaso: ¿Habría intentado detenerlos mientras
saltaban sobre su esternón, la miraban?,
y el gemido cada vez más fuerte, más fuerte.

Giró. La saliva se entremezclaba con la sangre propia,
ajena miraba a las hormigas que tuvieron la pésima idea
de vislumbrar otra hoja
ahí.

Ni una caricia sobre su cansada cabeza. Ni un tanteo.
Ni manoseo tibio que aliviara tremendo desconsuelo.
Tremendo desconcierto.

La música se detuvo.

El púlpito vociferaba su poderío, su podredumbre.

Cuando se entretenían, alcanzó
a quitarse los zapatos, las raíces, la amargura.

Levitaba más, más.

Mirá.

Ahora apenas toca el suelo.

Flota.

Regalos

Divertimento

Llueve, ¿y quién no sabe de aquellos
que andamos sobre las aguas?

En parte de una noche, las cosas
flotaron hacia mí. Me movía entre ellas,

¿Por qué a mí (por qué a mí)
esta fiesta de dones?

Se me enredaban en las manos, en los pies:
Un señalador de encaje veneciano.
Un collar de semillas, igualito
al de las mujeres del desierto.

Y una derrota en su hacerse derrotero, tránsito.
La ausencia para bisbisear utopías o el amor
(en su absoluto), como decir un refugio
en un campo de refugiados.
La física transfigurada en palabras.

¿Sortilegios? La pluma que vuela de Montale,
el rayo que juega al escondite entre las olas.

Y todavía un cuaderno, arañado,
de tapa celeste, de hombre, decía Zulema
en lo sonoro de su risa y aclaraba: la mitad
de tu mesa es de libros y el desparramo de hojas,
un riesgo. ¿Ocupar toda la mesa, que no haya
siquiera otra mitad para comer, dormir, leer el trance
de las risas?

La hombre en mí se mueve sobre las aguas,
tantea los dados que no quiere. ¿Un barajar
de reglas, ¿de juego? ¿Un cambiar de forma?

Llueve.

Orgánico

Cómo hablar
cuando la sed es tan grande
que podría repetir
adentro de la boca
ajena
gajitos de naranja.

No puede aliviar la sed
(no podía no podría no
diría).

Entra al supermercado de la vuelta
y Shen Huang
con quien se reconocen
desde antes de cualquier sed
la atrae contra su pecho.

De la mano la lleva hasta los apios húmedos
donde se sientan
cada tanto cada año y balancean las piernas.

Le siente el gusto amargo
que no está
ahora
solo en la boca sino que se le desparrama
entre las axilas los dedos de las manos
los cabellos los vellos los pies.

Corre Shen Huang
corre
a buscar agua.

Trae una botella de dos litros que ella
nunca (nunca)
tiene ganas de alzar.

Cae el agua. Cae el agua. Cae el agua.
Cae el agua.
-Mirá, estás haciendo un mar en el lugar-
dice Shen Huang risueño.

Y el agua alivia inunda descubre
hasta que ya
no
se ven.

Caracú en la fiesta

Una fiesta ante los ojos del lector, un regalo, un motivo de celebración y gozo frente a un plato exquisito. Caracú es una fiesta. Una fiesta en su sentido casi perdido: ¿**potlach?**, regalo, juego, derroche de los sentidos, recuperados aquí en el compartir gozoso de un tiempo y un espacio que solo es capaz de brindar una escritura aferrada a la vida, al centro del hueso del vivir, con toda la aspereza que lo recubre, con toda la desolación de que somos capaces en éste único mundo tan poblado sin embargo de payanas, de piedra para lanzar al vértigo del aire, y de agua, para poner en la boca **palabras** que acaricien; de papelititos, donde guardamos **palabras (aquí podría ir letras o frases)** para que iluminen el camino a casa, en esas noches oscuras; **palabras** que suenan como vértebras; odradeks en la niebla de sentidos y contrasentidos, de sangre que corre entre nacimientos, matanzas o fiestas sin final previsible, en donde el pulso juega con el silencio y el sonido de las **palabras (no se me ocurre, ji) (Y si fuera solo sonido como El sonido y la furia?,** como esas voces que recorren, preguntando, preguntándose, como un divertimento, si una hormiga puede ser textual. Esas voces, que: *ante un intento/ de ahogo*, cantan... y un bondi se transforma en una fiesta, y las ampollas se curan por sí solas. Y la risa que viene del decir, dijese, por caso, y la risa que hace doler el estómago, la risa en el trance del vivir por encima, o el costado del miedo, de los terrores y los accidentes del tiempo, al costado de esas voces que saltan a la vida y abren al lector un universo personal, propio, y sin embargo recobrado, extrañamente recobrado por la maravilla de un lenguaje tan lleno de sortilegios como de luz.

Carlos Aprea